

Tragedia en la avenida cualquiera--Relato

Rafael de Naranjo



Capítulo 1

Tragedia en la avenida cualquiera

Los residentes de un edificio de cuatro plantas de la avenida... (carece de importancia) ...nunca se habían tomado la molestia de conocer a su vecino, hasta que un trágico incidente los reunió a todos en plena desesperación: el ascensor dejó de funcionar. Tal catástrofe se presentó sin previo aviso –un martes por la mañana – , por lo que la vida de los residentes sufrió un radical contratiempo, hasta tal punto de que no consiguieron cumplir con sus quehaceres cotidianos. Cuando la avería continuó hasta el cuarto día, todos los residentes se encontraban abajo, gritando y quejándose repetida y apasionadamente por todo en un afán de que sus quejas solucionaran cuanto antes la avería.

– ¡Menuda puta mierda! –lloriqueaba un cuarentón mientras sus hijos berrinchaban.

– ¡Ay! ¡Esto es una tragedia! ¡Terrible! –chillaban las numerosas señoras de la primera planta.

Transcurrió una semana en que los residentes no supieron qué hacer, por lo que permanecieron en la planta cero día y noche, al borde de la desesperación absoluta, pues el técnico no daba señales de vida. Cada vez que lo llamaban respondía un contestador que los dirigía a otro contestador, y a otro contestador y otro, y a otro, y a uno más, hasta que daban con el técnico, que les decía que llegaría cuando le fuera posible. A la segunda semana, era evidente que ese “cuando fuera posible” en realidad venía a decir: “cuando me dé la santa y real gana”. Transcurridos los meses, los vecinos habían montado tiendas de campaña en la planta baja al prolongarse la espera. Muchos perdieron el trabajo y tuvieron que sacar a los niños del colegio. Tan indignados por aquella catástrofe, muchos decidieron buscarse otras casas, hasta que solo los más tozudos permanecieron esperando un año entero, viviendo en una especie de comuna precaria en la planta cero. Cuando transcurrieron dos años, aquel pasillo era una colonia en todo su derecho: habían instalado sus propios baños y las tiendas de campaña contaban con todo tipo de comodidades, contando incluso con internet ilimitado. Un vecino joven utilizaba un camping gas para las comidas, consistentes en latas y alimentos de primera necesidad.

Las señoras y familias contaban con todo el maquillaje y número de llamadas necesarias para la supervivencia. Incluso la prensa había llegado en una ocasión para denunciar tales condiciones.

A pesar de los modestos lujos, no había día en que no maldijeran su completa y terrible desgracia, la cual los había llevado hasta los límites

que puede experimentar un ser humano. En la planta cero no había calefacción ni aire acondicionado, por lo que no había día que no se creyeran al borde de la muerte por congelación o golpe de calor. Sin embargo, como los hombres a lo largo de la historia en tiempos de crisis, decidieron aguantar hasta que el apocalipsis concluyese con la llegada del técnico, que aseguraba acudiría en su ayuda en cualquier momento.

Rozando el final del segundo año, los recursos se habían agotado y, cuando el furor de los medios se acabó y dejó de llegar comida donada, el hambre mató a parte de las señoras, siendo utilizados sus cuerpos para alimentar a los más jóvenes. De pronto, las rivalidades y malas relaciones cobraron un aura violenta, por lo que el hambre agravó la paranoia y locura de los vecinos, los cuales se mataron entre ellos. Los pocos supervivientes, habiendo rozado tales límites que pocos hombres civilizados experimentan, decidieron ceder de una vez por todas y subir a su casa por las escaleras.